

Nada hay más íntimo ni más fuerte en el hombre que el deseo de superarse, de trascenderse a sí mismo, rompiendo los límites de su propio ser y del mundo que le rodea. Las religiones de todos los tiempos y latitudes han expresado este deseo del ser humano en multitud de fábulas o mitos sobre hombres, semidioses o héroes que han abandonado este mundo para vivir la inmortalidad en otro mundo nuevo y maravilloso.

Ya desde los comienzos del cristianismo, en el siglo II, los primeros apolo­gistas cristianos interpretaban los mitos paganos sobre la Ascensión de héroes o dioses como sombra y copia de la única realidad verdadera que se da en nuestra religión (1). Frente a las fantásticas invenciones de los paganos sobre la ascensión de los Dióscoros, de Hércules, de Esculapio, Baco, Tane, Mitra, etc., ellos oponen la sencilla realidad histórica de la Ascensión de Jesús narrada con sobria veracidad por San Lucas (Ac 1,9) (2).

El cristiano de hoy, torturado por la opresión de un mundo que empuja vertiginosamente, y acosado en todo momento por una concepción materialista y desesperanzada de la existencia, puede encontrar un manantial de

LA ASCEN Y LA SALV

gozo nuevo y de esperanza profundizando en el contenido espiritual de este primer misterio escatológico de su fe.

Un misterio de salvación

El acontecimiento histórico de la subida de Cristo a los cielos lo encontramos narrado únicamente en el capítulo 1.º del libro de los Hechos. En las restantes páginas del Nuevo Testamento no encontramos más que afirmaciones escuetas del hecho o claras alusiones a él un tanto imprecisas en los datos (3).

El carácter salvífico de la Ascensión es algo que se desprende claramente tanto de las expresiones concretas como de la mentalidad global del Nuevo Testamento. En él se alude frecuentemente a este misterio con la expresión "exaltación a la gloria" o se le incluye esencialmente en el término más genérico de "glorificación". A esta exaltación o glorificación o "vuelta al Padre", como gusta llamarla San Juan, se le atribuye siempre un auténtico valor de salvación para el hombre.

La obra de nuestra Redención no es algo que se lleva a cabo en un solo momento de la vida terrestre de Cristo. Es

una realidad única e indivisible que no obtiene plena eficacia y valor hasta que no está desarrollada en todos sus elementos (4). La glorificación de Jesús forma parte de su misión redentiva tanto como su muerte. Lo que el Padre le encomendó no fue sólo dar la vida, sino también volverla a tomar y ascender glorioso a los cielos (Lc 24,6; Jn 10, 17ss). La "hora" de Jesús, por la que Él suspira constantemente, es el cumplimiento de su obra redentiva. Pero esa "hora" no llega más que cuando el Hijo del Hombre es exaltado y glorificado (5).

Por esto, desde el primer mensaje apostólico, la exaltación de Cristo es presentada como fuente de nuestra salvación: *Dios lo ha exaltado para dar a Israel la penitencia y la remisión de los pecados* (Ac 5,31) (6). San Pablo nos repetirá incesantemente la misma idea (7). Es bien claro, por tanto, que sin la glorificación de Cristo, en la que está esencialmente incluida su Ascensión a los cielos, la obra de nuestra salvación permanece incompleta.

En las líneas que siguen centraremos nuestra atención sobre los matices peculiares que en el Nuevo Testamento se atribuyen al misterio concreto de la Ascensión de Cristo en el conjunto de su obra salvadora.

por Manuel Domínguez, S. I.

ASCENSION DE CRISTO Y GLORIFICACION DEL HOMBRE

Significado central del Misterio

La interpretación teológica del hecho histórico de la Ascensión que nos ofrecen los autores del N. T. está en función de la concepción total que cada uno de ellos posee sobre la obra de Xto. Esta diversidad de concepciones nos descubrirá matices muy valiosos del misterio. Pero hay una idea central común a todos.

La Ascensión de Xto. no es primaria mente una traslación espacial sino el tránsito de un modo de existir a otro modo de existencia más perfecta. Nuestras categorías de espacio físico no nos sirven para concebir este misterio de la Ascensión. Aunque Xto. quiso conceder a sus discípulos una experiencia sensible de su partida de este mundo, no tenemos en la descripción de S. Lucas indicio alguno para hacer especulaciones, según nuestras categorías tempo-espaciales, sobre el término y la trayectoria de Xto. en su tránsito de este mundo al Padre. Una nube puso fin a la experiencia sensible de la partida. Esa nube es también la expresión del abismo que media entre nuestra condición de hom-

bres pasibles y la gloria trascendente de Dios a la que se ha incorporado el cuerpo glorificado del Señor. Tras esa nube, como bien dice Suárez, citando a S. Agustín, no queda más que un campo de conjeturas (8).

Pero aunque la glorificación de Xto. sea una transformación que llega hasta las mismas raíces de su ser, no es por eso una pérdida de la corporeidad. La humanidad de Xto. sigue siendo un ser verdaderamente corpóreo y sigue, por ello, postulando un espacio. Posee una nueva forma de existencia distinta de ésta a la que estamos acostumbrados, pero no sustancialmente otra. El cuerpo de Cristo no se "vaporiza" al subir al cielo, sino que continúa enraizado en la sustancia de nuestro mundo.

El hombre seguirá siendo en el cielo, igual que en la tierra, una unidad de espíritu y de materia. La novedad estará en que ambos elementos habrán logrado el mutuo perfeccionamiento y la plenitud total. Este dogma de la Ascensión nos enseña que algo de nosotros, consustancial con nuestra materia, ha adquirido una forma perfecta de existencia y que nuestro mundo se ha agrandado adquiriendo una nueva di-

(1) S. JUSTINO, 1.^a *Apología*, cap. 54. PG VI, 409; *Diálogo contra Trifón*, cap. 69 PG VI, 637.-TERTULIANO, *Apologético*, cap. 21, PL I, 460.

(2) Sobre la realidad histórica de la Ascensión corporal de Cristo, consúltese la obra de V. LARRAÑAGA: *L'Ascension de N. Seigneur dans le N.T.* Roma, 1938, págs. 629 ss. Existe una edición castellana, Madrid, 1943.

(3) Esta imprecisión de las fuentes al hablar de la Ascensión ha suscitado no pocos problemas exegeticos. En nuestros días es frecuente admitir —y es una opinión que tiene a su favor bastantes testimonios antiguos— una doble Ascensión del Señor. La primera, invisible, inmediata a la Resurrección y otra, visible, cuarenta días después de la primera. Esta Ascensión visible vendría a ser como la clausura sensible de la obra terrena de Cristo de la misma manera que Pentecostés sería después la inauguración visible del reino de Dios en la tierra. Otros mantienen que no se puede hablar de otra ascensión fuera de la narrada por S. Lucas a la cual se refieren to-

das las demás alusiones. Nosotros prescindimos de este problema exegetico que no modifica para nada el contenido teológico del misterio. En la hipótesis de una doble ascensión, no se trataría más que de dos aspectos de una misma realidad. Cfr. P. BENOIT O. P., *L'Ascension en Exégèse et Théologie*, Paris 1961, vol. I pág. 270 ss.

(4) DURWELL, *La Resurrección de Jesús, Misterio de salvación*, Barcelona 1962, pág. 71.

(5) Jn 3, 14; 7, 38; 17,1 ss. J. LEAL, *La Sda. Escritura*, Madrid, BAC, vol. I, pág. 886 y 1.058.

(6) Ac. 2, 33-36; 3,13. 26; etc. LEAL, o.c. II, págs. 20, 25, 38.

(7) Cfr. Rom. 1,4; 4,25; 5,15; 6,9-11; 7,4; 10,9; 1 Cor. 15, 35; 2Cor. 4,10; Fil. 3,10. 21; Ef. 2,18. D. M. STANLEY, *Christ's Resurrection in pauline soteriology*, Roma, 1962, cap. 10, págs. 250 ss. DURWELL, o.c. 48.

(8) F. SUAREZ, *Misterios de la vida de Cristo*, Madrid, 1950, vol. II, págs. 802-805.

Unión del cielo y la tierra

mención en Xto. glorificado (9). El cielo nuevo y la tierra nueva de que nos habla el Apocalipsis, ya han comenzado. El cielo —el mundo de la divinidad y del espíritu— ha recibido en su seno, incorporada a sí y glorificada, una porción de nuestro mundo sensible. La tierra —nuestra materia frágil y pasible—, ha adquirido un nuevo modo de ser, incorruptible, eterno, impasible, participado de la divinidad. En la humanidad glorificada de Xto., se ha comenzado la gran síntesis final de todas las cosas en Dios.

Todo este mundo ideológico es el que, de modo más o menos implícito, se ha desarrollado en torno a la Ascensión del Señor ya desde la primera tradición cristiana. Para S. Pedro la Ascensión es lo que constituye a Jesús en Señor y Mesías, para S. Juan la que le confiere la plenitud de la gloria divina y lo convierte en la fuente de la Vida, para S. Pablo la que lo hace centro de la creación y señor del universo (10). La Ascensión es el punto culminante de existencia de Xto. En ella Jesús alcanza la cima de su plenitud ontológica y es constituido instrumento perfecto de nuestra salvación. Esta consumación ontológica de nuestro *Salvador* con el nuevo modo de existir que ella implica es lo que constituye el núcleo teológico de este misterio.

Veamos ahora los diversos matices con que este misterio aparece en distintos autores del Nuevo Testamento.

(9) K. RAHNER, *Escritos de Teología*, Madrid, 1961. Vol. I, págs. 221 ss. Vol. II páginas 247 ss.

(10) Es claro que todos estos verbos: *constituir, conferir, hacer, convertir* referidos a Cristo, en realidad equivalen a *manifestarse como*. Sin embargo estas formas de expresarse tienen pleno y estricto sentido, puesto que Cristo, en cuanto hombre, es un ser temporal. Si hablamos en términos *axiológicos*, Cristo es todo eso desde el momento mismo de su Encarnación. Si hablamos en términos estricta y precisamente *temporales* no lo es hasta que ha realizado en el tiempo su obra salvífica.

S. Juan no nos ha narrado en ninguno de sus escritos la Ascensión del Señor. Sin embargo la Ascensión tiene un valor central en su concepción del Cristianismo. En los escritos de S. Juan la obra de Xto. aparece como una comunión de la vida de Dios a los hombres. *Vine para que tengan vida y la tengan abundantemente* Jn. 10,10.

Esta comunicación de la vida de Dios al mundo tiene lugar através de un triple estadio. El primero, la encarnación que es la presencia oculta de la Vida entre los hombres. El segundo, la manifestación de esa vida en Xto. glorioso y su difusión entre los hombres. El tercero, la manifestación plena de la vida en todos los hombres y sobre la creación entera en la Parusía.

En la mente de San Juan, este triple contacto de Dios con el hombre se enlaza con la idea véterotestamentaria de templo. Para un judío el templo es ante todo, un lugar donde se realiza el contacto de Dios con el mundo. Las relaciones de Dios con el hombre se expresan por un movimiento de descenso y ascensión (11). Dios mora en el cielo y baja en la nube para tratar con el hombre. El sitio donde se realiza este encuentro es un lugar sagrado, un templo (12). La humanidad de Jesús es el lugar del encuentro definitivo de Dios con los hombres y es la tienda, el tabernáculo y el templo donde mora Dios en medio de los hombres (Jn 1,14; 2,19). El cielo y la tierra se han unido para siempre en la humanidad de Cristo.

(11) Gn. 11,5; 17,22; Ex. 19,11ss; Núm. 11,25; Sal. 144,5; 18,10; Miq. 1,3; Is. 19,1; 32,15, etc.

(12) A. CODY *Heavenly Sanctuary and Liturgy in the epistle to Hebrews*, Indiana 1960. pág. 11.

Pero el cuerpo pasible de Cristo no es más que un templo pasajero. Es un templo que puede ser destruido; más aún, que tiene que ser destruido y reedificado en los cielos para que pueda cobijar dentro de sí a toda la humanidad. Mientras el Hijo del hombre no sea exaltado y el templo de su cuerpo reedificado en los cielos, los hombres no podrán encontrarse con Dios y recibir de El la Vida. La Vida se nos transmite con el Espíritu Santo que no podía ser dado hasta que Jesús no hubiese subido a los cielos (Jn 7,39). Sólo en la gloria Jesús es constituido fuente de la vida. Únicamente de su cuerpo glorificado manan los torrentes de agua viva (13).

En el sermón de Cafarnaún, Cristo habla de su cuerpo como del pan que da la vida al mundo. El es el Pan que ha bajado del cielo. Pero ante el escándalo de los judíos, da como argumento que El subirá al cielo (Jn 6,62) y, lo mismo que el Padre es fuente de vida y de espíritu, El se convertirá en fuente de vida para todo el que lo coma. Los judíos pensaban en la carne de Jesús como en algo puramente material y biológico, conforme a lo que aparecía ante sus ojos. Pero Jesús habla de su carne como de una fuente de vida sobrenatural y de un lugar de encuentro del hombre con Dios. Por eso les dice: *la carne de nada aprovecha, el espíritu es el que vivifica* (Jn 6,63) (14).

Es, pues, claro que en el pensamiento de San Juan, la Ascensión confiere a la humanidad de Cristo su úl-

(13) DURWELL o.c. pág. 108.

(14) Dentro de los planes de Dios para que la carne material de Jesús sea vehículo de salvación para todos los hombres, se requieren dos cosas: La fe por parte del que la recibe y el cumplimiento, en esa misma carne, de la obra redentiva la cual no está acabada hasta que Cristo no entra triunfante en los cielos. Cfr. LEAL o.c. vol. I, 922, 929 s. VERBUM DEI, 795 g. Barcelona 1957 III, 717-18.

tima perfección como templo nuevo donde se comienza a realizar el encuentro definitivo del hombre con Dios. La Ascensión hace también de la carne de Jesús una fuente de vida sobrenatural a la que tenemos perenne acceso en la Eucaristía.

Una nueva perspectiva de la Historia

Con la Ascensión se cierra el ciclo de la vida terrena de Jesús y se abre la segunda etapa de su obra salvífica. Según sus propias palabras, Cristo ha marchado al cielo a prepararnos un lugar. Son palabras que encierran un hondo misterio. San Agustín entiende que Jesús nos prepara esa morada, preparando a los que hemos de subir a ella. Jesús, desde los cielos, nos conduce hacia Sí y nos lleva hasta El intercediendo por nosotros y derramando sus gracias.

Sin embargo, hay todavía algo más hondo. Por la subida a los cielos, Jesús se convierte (15) en Señor y Dueño de los destinos del mundo. Cristo ha tomado en sus manos las riendas de la historia. Dios ha puesto en sus manos el rollo sellado en el que se contiene el destino de la humanidad (Apoc. 6,7). "La Providencia se ha hecho cristiana" (16). Desde este momento, todos los acontecimientos del mundo están gobernados por Cristo, Dios-Hombre, que nos conduce hasta la gloria individualmente y en la colectividad de la Iglesia (1 Cor 15,27). La historia no es más que la preparación de nuestra morada celeste. A través del acontecer histórico, Cristo va haciendo de este mundo nuestro, de un modo misterioso pero verdadero, una tierra nueva cuya transmutación se hará patente el último día cuando El venga a recogernos

(15). Véase la nota 10.

(16) S. BARTUNA: *La Sda. Escritura* Madrid BAC III, 657 ss, 661.

para convivir con El, en una plenitud desvelada, su propia gloria y vida de Dios.

La Ascensión es el comienzo de esta obra de siglos en la que Cristo va rescatando de la muerte a toda la creación. Por medio de su humanidad glorificada, el Hijo va uniendo a todos los hombres con el Padre y los va acercando al momento en que Dios será "todo en todas las cosas". Entonces se manifestará la nueva Jerusalén en la que no existe templo porque Dios, transparentando la presencia de su gloria en todos y en todas las cosas, será El mismo el templo, junto con el Cordero (Apoc. 21,22). Cristo continuará siendo en los cielos por toda la eternidad, la lámpara que nos ilumine el rostro de Dios y nuestra *tienda de reunión* con el Padre (17).

Triunfo cósmico

S. Pablo sintetiza la obra de Cristo le un modo distinto a como lo hace S. Juan. Para S. Pablo la obra de Cristo es ante todo una victoria sobre el pecado y su consecuencia inevitable, la muerte. Por eso, Pablo escoge como centro de su síntesis teológica la idea de muerte-resurrección. Apenas si se encuentran en sus escritos afirmaciones explícitas de la Ascensión (Ef 4,10). Con todo, en las alusiones que hace a ella atribuye a este misterio un papel central en la relación del cosmos con Dios.

El pecado de Adán se había extendido también de un modo misterioso a la materia haciéndola de algún modo adversa y desagradable a Dios (18). El

hombre que en el orden general del cosmos tiene un papel de puente y centro de armonía entre el mundo superior del espíritu y el inferior de la materia, produce con su pecado un resquebrajamiento en la armonía del Universo. La materia se rebela contra el espíritu y el espíritu queda aprisionado en la cautividad de materia (19). Pero Cristo, Hombre y Dios, materia y espíritu, subiendo a los cielos se "lleva cautiva a la cautividad" que el pecado había impuesto a todos los seres y se convierte él, el Hombre Nuevo, en centro de la creación. Hacia El converge todo cuanto existe en los cielos y en la tierra. En El se restablece la armonía del cosmos que el pecado había destruido.

Pero ante todo, según la mente de S. Pablo, la Ascensión de Cristo a la derecha del Padre constituye el máximo alarde del poder infinito de Dios (Ef 1, 19-22). La existencia de la materia, es ya, en sí misma, un misterio. La inestabilidad en el ser, propia de toda realidad creada, se hace en la materia absolutamente patente. Su misma constitución de ser hecho de partes parece impulsarla a la desintegración y a la nada. Por eso, resulta totalmente impensable que esa pobre, vacilante, indigente materia llegue a poseer la cohesión imperecedera de lo eterno y la plenitud desbordante de un ser divino (Col 2,9). Cristo en los cielos, con un cuerpo consustancial al nuestro, es la expresión más gloriosa del total dominio de Dios sobre la materia.

Frente a los seudofilósofos que pretendían posponer a Cristo, por causa de su ser corporal, a los ángeles y a los

(17) Cfr. Ex 25, 8,22; 30,42ss; 40,34s. J. ALFARO *Cristo glorioso revelador del Padre*. Gregorianum 39 (1958) págs. 222ss.

(18) Resulta instructivo comparar el gozo que reflejan las palabras de Dios al contemplar su obra creadora (Gn. 1,28-31), con la

maldición que le merece la tierra después del pecado del hombre (Gn. 3,17-19). Véase también Gn. 6.7.13 y Gn. 8,21; 9,9-17. Cfr. VERBUM DEI 141d I, 447. PIROT-CLAMER, *La sainte Bible* París 1953 vol. I, 142s.

(19) Cfr. Rom. 8,19ss; 8,5ss; 7,15; Gal. 5,17 donde aparecen ideas afines.

espíritus celestes, S. Pablo esgrime el dogma de la Ascensión. La humanidad glorificada de Xto., está por encima de todo cuanto existe en los cielos y en la tierra. Ella es la realización más plena del plan creador de Dios. El cuerpo glorioso de Cristo es el modelo conforme al cual los dedos de Dios modelaron nuestro barro, y la participación en su inmortalidad y gloria divinas, la ansiosa esperanza de nuestra carne. Jamás religión alguna ha concebido un fin tan alto para este nuestro pobre cuerpo estremecido a cada instante por la inestabilidad inherente a su materia (20).

Para un sacerdocio pleno

En la carta a los Hebreos, la obra de Cristo se concibe como el único acto de culto perfecto y verdadero tributado a Dios. Es toda la humanidad, representada y recapitulada en Cristo, Dios-Hombre, la que ofrece al Padre el sacrificio de expiación. Hay un único sacerdote: el Cristo total; un único sacrificio: el de ese Cristo pleno; un único santuario celestial: el lugar de la gloria inmutable de Dios, o, lo que es igual, Dios mismo en el esplendor de su presencia.

Como la obra de Cristo es esencialmente una obra de restauración de la humanidad pecadora, el autor de la carta escoge, como imagen de esta obra salvífica, el rito determinado por Moisés para el día solemne de la purificación expiatoria del pueblo.

En este rito se hallan simbolizados los momentos fundamentales de la obra redentora de Cristo: su muerte fuera de los muros de la ciudad y su ingreso corporal en el ámbito de la gloria de la divinidad, roto el velo que separaba a

los hombres del lugar de la presencia de Dios.

El autor de la carta no hace nunca mención explícita de la Ascensión, pero la presupone y alude a ella repetidas veces (4,14; 6,20; 7,26; 9,11. 24). Su interés se centra en la presencia del Dios-hombre en la gloria de la divinidad. Hasta que nuestro Pontífice no es recibido en el lugar de la presencia gloriosa de Dios, su sacerdocio no llega a la consumación y su sacrificio no es plenamente salvífico. Solamente sentado a la diestra de Dios Padre es Cristo plenamente Salvador. Su inmólación tuvo lugar una sola vez, en un determinado momento histórico y, como acción divina, poseyó en todo instante un valor infinito. Pero, según la teología de Hebreos, no es salvífica hasta que la humanidad de Cristo trasciende el tiempo asimilándose al "ahora" de la eternidad en el que todas las cosas alcanzan su plenitud y al que también nosotros estamos siendo incorporados a través del tiempo (21).

En esta concepción de la obra salvadora de Cristo, la Ascensión tiene un papel esencial. Es el puente tendido entre el tiempo y la eternidad entre la tierra y el cielo, entre la sombra y la realidad. Según el simbolismo utilizado en esta carta, la Ascensión es el paso de nuestro Sumo Sacerdote a través del Santuario antiguo hasta el otro lado del velo donde mora Dios y se hace visible en el esplendor de su gloria. La Ascensión es el aspecto visible de la glorificación de Cristo, su paso desde el reino del pecado al reino de la santidad absoluta en la reconciliación y unión plena con Dios. La Ascensión supone un perfeccionamiento en el sacerdocio de Cristo. El sacrificio expiatorio no se consuma hasta que el sacerdote no atraviesa el velo y se encuentra cara a cara con Dios.

(20) S. IRENEO *Demostación de la predicación apostólica*, 32. *Adversus Haereses*, IV, 34,5; 62 y 63; V, 3,3; 8,1-2. Cfr. A. ORBE *El hombre ideal en la teología de S. Ireneo*. *Gregorianum* 43 (1962).

(21) A. CODY o.c. págs. 89,99ss. 207.

La historia de la salvación no es más que la peregrinación de la humanidad hacia la presencia de Dios. Cuando todos nosotros, bajo el impulso salvífico de Cristo, hayamos penetrado en el santuario celestial, todas nuestras acciones realizadas en el tiempo con el poder santificador de Cristo, adquirirán el carácter de plenitud y de eternidad que las convierte en liturgia y culto digno de nuestro Dios que está por encima de todo tiempo y de toda limitación. Al igual que Cristo, el hombre necesita remontarse por encima de todo este mundo, limitado por la materia y el tiempo, para poder ofrecer a Dios una alabanza perfecta.

Mientras no alcancemos la plena asimilación al Xto. glorioso, a cuya imagen y semejanza fuimos creados, no podremos alabar perfectamente al Padre que no quiere más alabanza, ni más sacrificio, ni más sacerdocio que el de su Hijo Jesucristo, Dios-hombre, que está a su diestra en los cielos (22). De aquí brota la tensión escatológica de toda la vida cristiana. Nuestra existencia sobre la tierra está vuelta hacia el grán día en que aparezcamos corporalmente ante el rostro desvelado del Padre. El ser del hombre no adquiere su plena realización más que al otro lado del velo.

Nuevas perspectivas de vida cristiana

La exposición teológica que acabamos de hacer sobre el misterio de la Ascensión nos abre unas amplias perspectivas de vida espiritual. No haré más que insinuarlas.

Esperanza

La presencia de Cristo en los cielos, sentado a la diestra del Padre, es el

(22) Nuestra alabanza y todos nuestros actos de culto derivan su valor del Misterio Pascual de Xto. Nuestra Misa es su actualización y conmemoración Cfr. CONCILIO VATICANO II: *Const. de Sda. Liturgia* Cap. III núm. 61.

fundamento de una actitud que especifica al corazón cristiano: la gozosa serenidad que brota de una esperanza incommovible.

S. Pablo definió a los paganos como los hombres sin esperanza (1 Tes 4,13; Ef 2,12). Para el hombre sin Dios el mundo se acaba en el borde mismo de la experiencia sensible. La muerte no es más que la última y la más desoladora de todas las experiencias: sentirse devorado por la nada. Para el cristiano el mundo tiene unas dimensiones nuevas dadas por Cristo en su Ascensión a los cielos. Aun el mundo material, el cuerpo y todo lo sensible, junto con el espíritu se han hecho eternidad en Cristo. Sólo por Cristo adquieren las cosas su pleno desarrollo y su última dimensión. Hasta la Ascensión del Señor el mundo estaba inacabado. Con ella quedó inaugurado el mundo definitivo que es la patria del cristiano y la superación plena del abismo de la nada.

El cristiano está ya inserto en ese mundo por la fe y el bautismo. Su mundo, aún en esta tierra, es ya un mundo de salvación y de gracia. Lo que él espera no es el cumplimiento de una promesa de salvación, sino la eclosión gloriosa de lo que invisiblemente posee y vive. Nuestra esperanza es una tensión hacia Cristo glorificado. Lo que esperamos es "estar con Cristo" (Fil 1,23; 2 Cor 5,8), llegar al lugar donde Cristo, nuestra vida, ha establecido su morada definitiva. En el fondo, la esperanza cristiana no es más que una "dolencia de amor", que para sanar exige la "presencia y la figura". Pero como no es posible esa presencia hasta que Cristo no vuelva por nosotros, la vida cristiana se convierte en una espera del día del Señor. Una espera vigilante, porque el Señor vendrá sin avisar, pero, sobre todo, una espera alegre y jubilosa, porque es la espera de una gran fiesta. La sicología del cristiano en su existencia terrena, es la propia de un hombre en víspera de

fiesta. La esperanza del gran día sin ocaso, despliega todo el dinamismo de su personalidad, le suaviza las molestias del presente, estimula su esfuerzo por hallarse preparado y le debilita su apetencia por los pequeños amores y goces momentáneos.

Providencialismo

El fundamental optimismo cristiano frente a los acontecimientos de la historia, es una forma peculiar de la esperanza. Así aparece en el Apocalipsis. La historia de este mundo es la de una batalla decidida de antemano a favor de Cristo. El mundo evoluciona invariablemente hacia algo mejor y más divino. Quizás nosotros no lo advirtamos. Quizás hasta nos parezca estar envueltos en un proceso reversivo hacia el paganismo. Pero, a través de todo, Cristo está conduciendo al mundo hacia la perfección total. Ignoramos los caminos de Dios, pero sabemos que tras un recodo cualquiera de cualquiera de ellos están la plenitud y el rostro desvelado del Padre. Nos esforzamos por vislumbrar el futuro intentando interpretar el pasado, pero nos consta que vuestras perspectivas de la historia no coinciden con las de Aquel que al marcharse de entre nosotros nos dijo hace casi dos mil años: "el tiempo está cerca, vuelvo pronto" (Apoc 22, 10.20). Sólo son nuestros el presente y la esperanza. Por eso, el cristiano es un hombre que marcha con serenidad y amor por el camino que tiene delante —el mundo que le ha tocado vivir— llevando en los labios la plegaria de la esperanza: "Ven, Señor Jesús" (Apoc. 22,20).

Eucaristía

Nuestra vida sobrenatural es una presencia suprasensible en el mundo nuevo inaugurado por Cristo en su Ascensión. Los cristianos tenemos una doble ciudadanía: la terrena, en la que estamos de paso, como peregrinos y la

celestial que es la definitiva en la que aún no estamos plenamente instalados. Pero aunque nuestra incorporación al mundo sobrenatural no sea todavía plena, sí es totalmente real y se extiende tanto al cuerpo como al alma. Verdaderamente pertenecemos ya en alma y cuerpo —la redención abarca todo el ser del hombre— a un mundo en el que todo es santo y divino. De ahí el carácter sacro del cuerpo y del alma del cristiano.

Esta sacralidad le viene a todo nuestro ser por su comunión vital con el cuerpo y el alma de Cristo. Nosotros no tenemos ni tendremos jamás en los cielos o durante nuestra peregrinación terrestre, otra vida (23) que la adquirida por nuestra comunión vital con la humanidad glorificada del Hijo de Dios: Conviviendo la vida de esa humanidad divinizada, veremos al Padre y obtendremos la incorruptibilidad de nuestros cuerpos (24).

La *actualización* temporal y simbólica de esta *realidad perenne*, es la Eucaristía (25). Ella es el sacramento escatológico por excelencia. Nuestra comunión es ante todo una afirmación de la presencia en nosotros del mundo futuro y de la resurrección de los muertos. En ella nos ponemos en contacto con el mundo nuevo y nos hacemos presentes en él, nos adherimos vitalmente a Cristo —el primero de los resucitados y semilla de nuestra resurrección— e iniciamos nuestro abrazo eterno de reconciliación con el Padre, meta final de toda la obra de Cristo.

(23) Hablamos de la vida sobrenatural que, en el cielo, será el único principio de vida —para el alma y para el cuerpo— y que en la tierra sacratiza nuestra misma vida natural.

(24) S. IRENEO: *Adversus Haereses* IV, 34, 5-7.

(25) Como es obvio, «simbólico» no tiene aquí otro sentido que «sacramental e invisible». Las especies sacramentales *expresan* de algún modo la presencia real y física de Xto.

Para S. Pablo ninguna otra realidad expresa mejor que la Eucaristía la presencia en nosotros de la salvación de Cristo. Ella es la expresión y realización temporal, invisible dentro de nuestro mundo, del gran misterio oculto en Dios desde los orígenes de los siglos: *Cristo en nosotros, esperanza de la gloria* (Cor 1,27) (26).

En cuanto sacrificio, la Eucaristía es la actualización en *nuestro* tiempo del paso de Cristo desde este mundo al Padre por su Cruz y su Ascensión a los cielos. En cuanto comunión, realiza nuestra irrupción temporal en el mundo nuevo mediante nuestra incorporación vital al Cristo glorioso. De aquí,

(26) STANLEY o.c. pág. 211.

el papel central de la Eucaristía en la vida de la Iglesia. Es el sacramento primario y fundamental del que todos derivan y al que todos se orientan (27). Ella, en cuanto participación anticipada e invisible del mundo futuro cuya manifestación aguardamos, es el alimento principal de nuestra esperanza.

Estos misterios se hacen posibles y se nos manifiestan sólo tras la Ascensión del Señor. Hay que subir hasta la cima de la Ascensión para obtener una perspectiva plena de todos los misterios de la vida cristiana.

(27) M. DE LA TAILLE *Mysterium fidei*. Paris 1924 pág. 489, 563ss. CONCIL. VAT. II, *Const. de Sda. Liturgia*. Cap. I, núm. 6-8; Cap. III, núm. 61.

